

## Diseñar la historia literaria latinoamericana: Pedro Henríquez Ureña lee a Marcelino Menéndez Pelayo

SOZZI, Martín (UBA, UNAJ, UNAHUR) - martin\_sozzi@yahoo.com.ar

### Resumen

Entre fines del siglo XIX y comienzos del XX, Marcelino Menéndez y Pelayo presenta dos grandes empresas historiográficas: en primer lugar, la *Antología de poetas hispano-americanos* (1893-1895); luego, la *Historia de la poesía hispanoamericana* (1911-1913), ambas consideradas el primer intento de ese tipo. Ambas constituyen un intento de intervención en el seno de la cultura de la América hispana, un ensayo de apropiación y de ordenamiento de la literatura de esa zona del mundo. A diferencia de lo señalado por Carlos Rama (1982), quien considera que la importancia de la Antología consistió en “admitir ‘oficialmente’ que también en América española había creadores originales, y para los hispanoamericanos, que por fin la “España eterna” y ortodoxa reconocía su independencia cultural y sus méritos” (1982, 328), creemos que el intento del santanderino representa un último estertor, desesperado quizás, de mantener ciertos lazos de unión con la América española.

Unas décadas después, el dominicano Pedro Henríquez Ureña encabezará la tarea de reformular la historia literaria de la América hispánica en sus *Corrientes literarias en la América hispánica* (1945 en inglés, 1949 en español). Esta tarea de revisión implicará una búsqueda diferente, tanto desde el punto de vista historiográfico -la teoría de la historia que subyace a su labor-, como expresivo: la “busca de nuestra expresión”. Vista desde esta perspectiva, la obra de Henríquez Ureña establece un fuerte contrapunto con las consideraciones anteriores de Menéndez Pelayo.

**Palabras clave:** Marcelino Menéndez Pelayo – historia literaria – Pedro Henríquez Ureña – literatura latinoamericana.

**Cita:** Sozzi, M. (2022, 7 y 8 de noviembre). *Diseñar la historia literaria latinoamericana: Pedro Henríquez Ureña lee a Marcelino Menéndez Pelayo*. Argentina, Congreso Regional de la Cátedra UNESCO para la Lectura y la Escritura, subsede UNAJ.

Entre 1893 y 1895, Marcelino Menéndez Pelayo publica los cuatro volúmenes que componen la *Antología de poetas hispano-americanos*. El trabajo excedió en gran medida el que la Real Academia Española, principal impulsora del proyecto, se había propuesto en un primer momento, ya que la idea original era destinarle un único tomo que pronto se vio sobrepasado por la cantidad de material a incorporar. El hecho de internarse por los caminos de la literatura de las excolonias transoceánicas era una deuda pendiente para los estudiosos peninsulares de la literatura de la América española<sup>1</sup>. Hasta ese momento los intentos habían sido escasos y habían estado ceñidos, en general, a una pequeña cantidad de autores recluidos en historias de la literatura española.

<sup>1</sup> En carta del 24 de julio de 1879, le señala a Caro: “Mucho agradeceré a usted que continúe abriendo a mis ojos ese mundo literario americano, que es para nosotros tierra incógnita” (1955: 212).

La *Antología* representaba una novedad para el medio español por el extendido desconocimiento que allí existía de la literatura hispanoamericana y permitió dar a conocer a una serie de autores americanos ignorados hasta entonces, pese a que proyectos equiparables –aunque desde una perspectiva diferente– habían sido encarados en América y por americanos. Como ejemplo de ello, baste decir que, en 1846, Juan María Gutiérrez había publicado la *América poética* en Valparaíso.

El libro de Menéndez Pelayo, la *Antología*, cobra especial importancia debido, al menos, a dos razones: por un lado, al renombre con el que contaba su antólogo en el mundo hispánico y que llevó a Rubén Darío a mentarlo en su autobiografía como “el grande y memorable don Marcelino Menéndez y Pelayo” (2015, 46), a Ricardo Palma a tributarle “mi respetuosa admiración por el talento y persona” (1897, 109) y a Pedro Henríquez Ureña a enviarle palabras halagadoras<sup>2</sup>; por otro, y seguramente vinculada con la primera, debido a la gran repercusión que tuvo su obra y que influyó en un alto grado en los sucesivos historiadores de la literatura latinoamericana. Prueba de ello son las palabras de quien considera la *Antología* como el primer intento de historiar tanto la poesía como la literatura toda de Hispanoamérica, para agregar que

la mayor parte de las historias posteriores generales o nacionales de la literatura hispanoamericana están basadas en esta obra de Menéndez Pelayo, repiten su contenido, aceptan sus juicios estéticos y a menudo siguen su sistema de estudiar la literatura por naciones (Sánchez Reyes, 1955: 575).

Pero además de su gran difusión, del alto grado de conocimiento que alcanzó y de los elogios que se le propinaron, también hubo críticas. La *Antología* fue acusada de caer en excesos e injusticias. Un ejemplo lo constituyen algunos de los cuestionamientos que recibió, como los efectuados por Juan Valera –uno de los impulsores del trabajo en el marco de la RAE–, quien acusa al santanderino de haber incluido numerosos fragmentos prescindibles; y, fundamentalmente, y desde una perspectiva latinoamericanista, por Alfonso Reyes:

Menéndez Pelayo, a pesar de su magno esfuerzo, nunca logró entender por completo el espíritu americano. Para él, la América fue cosa externa, región caracterizada por el “color local”, y por eso creía encontrar en las externalidades de Valbuena el secreto del Nuevo Mundo. Su más noble interpretación de América la formuló al asegurar (lo que consideraba) el fundamento de su originalidad poética. No hay tal, sino la lírica. Menéndez Pelayo sólo veía lo externo de América (citado por Rama, 1982: 327).

<sup>2</sup> En una carta de 1909, el dominicano dice a don Marcelino: “Personalmente juzgo deber mío manifestarle la admiración que he tenido siempre por Ud. Más que admiración diré devoción. Desde mi adolescencia, el nombre y las obras de usted han sido para mí objeto de recordación diaria y trato constante; esta devoción existe desde que leí, a raíz de la muerte de mi madre, la poetisa dominicana Salomé Ureña de Henríquez, el juicio que usted formuló sobre ella en el prólogo a la *Antología de poetas hispano-americanos*. No extrañará usted, por tanto, lo que le digo: a ningún crítico, en nuestra lengua o en cualquier otra, he leído tanto como a usted” (Sánchez Reyes, 1951: 150). Cito por Olguín, 1957: 29.

Controversias curiosas, fundamentalmente la de Valera, dado que el propio Menéndez Pelayo formularía una crítica similar en las “Advertencias...” que encabezan la *Antología* respecto de la *América poética* de Gutiérrez. A la obra del argentino le endilga que peque de un “entusiasmo fanático por todas las cosas de América, que le llevaba a multiplicar con exceso el número de los genios, y á encontrar fácil disculpa para lo mediano y aún para lo malo” (1893: XII). Quizás en ambos –tanto en Gutiérrez como en el santanderino– predomine una tendencia a caer en excesos y a instalarse en un tipo de historiografía que incurra en la acumulación casi indiscriminada de nombres. Al analizarlo en tanto historiador de la literatura española, Pedro Henríquez Ureña deja de lado los elogios y le formula la siguiente crítica:

Menéndez Pelayo, con su actitud de historiador, se cree obligado a conceder igual estudio a Gracián, que todavía nos enseña, y al Padre Mariana, que poco nos dice hoy (2001: 229).

En los prólogos que redacta a la *Antología*, Menéndez Pelayo discurre sobre temas diversos. Recorre poetas –y no solo poetas– de todo calibre: desde los más grandes y recordados en ese momento, hasta figuras absolutamente menores que cayeron en un rápido olvido y que solo la obsesión archivística del santanderino hizo que ingresaran en la obra. Pero no solo de autores y obras habla en esas largas presentaciones. Refiere también el ingreso de la imprenta, las escuelas y universidades fundadas por las distintas órdenes religiosas, la creación de tertulias literarias. Es decir, rescata toda la labor vinculada con la difusión de la literatura hispanoamericana.

### **El ciego acarreo del dato**

En este sentido, podemos considerar que la obra decimonónica de Menéndez Pelayo es heredera, aunque presenta diferencias importantes, de las tareas de compilación que llevaron a cabo aquellos historiadores a quienes podríamos denominar “recopiladores de datos”: Antonio de León Pinelo con su *Epítome de la Biblioteca Oriental i Occidental, Náutica i Geográfica*, y Nicolás Antonio y la *Bibliotheca Hispana nova, sive Hispanorum scriptorum qui ab año 1500 ad 1684 floruerunt notitia*, publicada en 1672. Esta última es mencionada por el santanderino en diversos sectores de su obra. Valga como ejemplo:

Lo que no hemos llegado a ver son dos libros suyos [del Dr. Dionisio Ribera Florez], impresos también en Méjico en 1601, que hallamos citados por Nicolas Antonio (Menéndez Pelayo, 1895: T.IV, XCIX).

También de algunos historiadores pertenecientes al siglo XIX, como el mexicano Joaquín García Icazbalceta, cuya *Bibliografía mexicana del siglo XVI*, publicada en México en 1886, constituye una suerte de catálogo. En la propia introducción a la Primera parte de ese libro, titulada “Al Lector”, García Icazbalceta afirma:

No puede haber duda de que en este Catálogo faltan muchas ediciones cuya existencia consta por datos fehacientes; mas sea porque todos los ejemplares han perecido, ó porque yo no he acertado a dar con uno de ellos, el caso es que tales ediciones no han venido a mis manos. Acaso con el

transcurso del tiempo irán saliendo a la luz, y también podrán aparecer otras de que nada se sabía: de esta clase hay varias en el Catálogo. Por lo mismo, este libro quedará pronto muy atrasado; pero era forzoso poner alguna vez término a mis indagaciones. Prefiero dar a conocer lo que hasta ahora he hallado, porque tampoco es imposible que desaparezca algo de ello, y si conservo su memoria no habré trabajado en balde (1886: VI).

Esas omisiones se fundan en la imposibilidad de encontrar otros materiales que puedan ser incorporados a ese “catálogo”. Esa idea de atraso, de obra rápidamente vetusta, anticuada o anacrónica –que plantea García Icazbalceta–, resulta fundamental y sintomática de un modo de hacer historia: la acumulación, que es, en sí misma, una idea condenada al fracaso. Siempre va a existir una omisión, un dato inaccesible o nuevo que denote una carencia, que –a su vez– será causa de una decepción. No se trata de que García Icazbalceta no logre dar con un documento o un testimonio, sino que este tipo de recorridos históricos, están, desde su nacimiento, condenados a naufragar. De allí la idea que plantea Florencia Calvo (2011) en un artículo dedicado a Menéndez Pelayo, de vincular, en estos proyectos historiográficos, tres nociones: imposibilidad, exhaustividad e inconclusión. Son obras condenadas a la inconclusión y que solo pueden darse por terminadas cuando finaliza la propia vida de quien las escribe: “Lástima tener que morir ahora, faltándome tanto para trabajar...” cuenta la leyenda que fueron las últimas palabras de Menéndez Pelayo<sup>3</sup>.

En la misma línea de pensamiento, Nora Catelli señala que

Hacia 1870 Marcelino Menéndez Pelayo decidió escribir la cultura española. No reunirla, ni editarla, ni revisarle, sino, literalmente, escribirla toda: fue *su* inventor, bibliotecario, investigador, amanuense, inquisidor y defensor de sus propios perseguidos, notario y cronista de América, punto de referencia de todos los creadores y críticos hasta mediados de este siglo.

Y agrega poco más adelante: “Desconocía la forma desdeñosa de la omisión; cuando rechazaba lo hacía incluyendo obsesivamente todo el material rechazado a su alcance” (1998: 396)<sup>4</sup>.

Esa labor de rastreo total puede verificarse sin dificultades en la *Antología*. En el Tomo III, al relatar las peripecias vinculadas con la acumulación de los datos del virreinato del Perú que hicieran posible el desarrollo de su obra, Menéndez Pelayo recuerda, precisamente, la minuciosa labor de García Icazbalceta y afirma lo siguiente:

[El Perú] por haber gozado del beneficio de la imprenta desde fines del siglo XVI, pudo salvar del olvido *mayor número de muestras* de su primitiva producción literaria. Pero, más desgraciada que Méjico, no ha logrado todavía un Icazbalceta que recoja cuidadosamente *todas las reliquias* del período colonial y levante con ellas imperecedero monumento. Faltos, pues, de un guía tan docto y autorizado, hemos tenido que recoger afanosamente

<sup>3</sup> Otra versión, presentada por Francisco García Chicote, es la siguiente: “Qué pena morirme ahora, con todo lo que tenía para leer” (2011: 117).

<sup>4</sup> Ambos fragmentos, citados por Saba (2014: 31). Originalmente en Nora Catelli y Marieta Gargatagli, *El tabaco que fumaba Plinio. Escenas de la traducción en España y América: relatos, leyes y reflexiones sobre los otros*. Barcelona, Ediciones del Serbal (1998: 396).

las noticias literarias del Perú en fuentes muy varias y dispersas, y seguramente nuestro trabajo hubiera resultado *incompletísimo*, sobre todo para los primeros tiempos de la colonia, si generosamente no se hubiera brindado a enriquecerle con noticias peregrinas el que, sin agravio de nadie, podemos llamar nuestro primer americanista, D. Marcos Jiménez de la Espada. (1893: CXLIX. Las cursivas son nuestras).

“Mayor número de muestras”, “todas las reliquias”, “incompletísimo”: el problema de la cantidad y de alcanzar la totalidad de las producciones es una de las inquietudes que guían a Menéndez Pelayo a la hora de producir la *Antología*. Como una suerte de utopía del coleccionista, el objetivo es cubrir la totalidad de lo conocido y descubrir lo desconocido hasta donde resulte posible. Porque si bien los textos antologados (que aparecen hacia la segunda mitad de cada uno de los cuatro volúmenes) son limitados y responden a fuertes criterios selectivos –al fin y al cabo se trata de una antología–, la labor de rescate que efectúa en los estudios críticos –los nombres que allí aparecen, la mención de las obras– exceden en mucho la selección brindada al lector. Estos son los límites, el horizonte de expectativas, con los que parece lidiar la obra del santanderino: como si no se pudiera hacer historia de otra forma, resulta necesario indagar en la totalidad, para luego, dentro de esa totalidad abrumadora que parecería no poder dejar de mencionarse, rescatar solo algunas obras como fruto privilegiado de esa misma totalidad.

En relación con esto, existe otra crítica que Henríquez Ureña realiza a la *Antología*. En un texto de los años 20, “Caminos de nuestra historia literaria”, el dominicano señala que “Don Marcelino Menéndez y Pelayo, por ejemplo, se consagró a describir uno por uno los árboles que tuvo ante los ojos; hacia la mitad de la tarea le traicionó la muerte” (1989: 46). La proliferación solo puede ser conjurada por la muerte. Pero lo que parece estar reclamando Henríquez Ureña es la consideración de otro modelo de historia literaria, en el que tome la palabra lo social o lo conceptual por sobre el mero acopio. No la tarea infinita de recopilación de datos, vinculada desde un punto de vista lógico con el principio de inducción completa (solo a partir de la totalidad de los datos puede seguirse la conclusión), sino que, más bien, lo que se postula es un principio deductivo (el establecimiento de una hipótesis que luego podrá ser contrastada con los acontecimientos). Lo que los historiadores posteriores reclamarán, los de la década de 1940, por ejemplo, es la organización de la historia literaria a partir de ciertas líneas que le brinden coherencia y que permitan apreciar un desarrollo y una evolución y no una mera sumatoria de nombres. En esta línea pueden leerse las palabras de Pedro Henríquez Ureña en la “Introducción” a las *Corrientes literarias en la América Hispánica*:

Las páginas que siguen *no tienen la pretensión de ser una historia completa* de la literatura hispanoamericana. Mi propósito ha sido seguir las corrientes relacionadas con la “busca de nuestra expresión” (1969: 8).

Para agregar pocas líneas más adelante:

Los movimientos literarios han llegado a ser tan amplios, que el solo intento de mencionar la mayoría de los nombres significativos de la actualidad convertiría a estas páginas en listas interminables... (1969: 8).

La aclaración del dominicano se produce porque su búsqueda se interna por otros caminos: no pretende abarcar una totalidad imposible, sino percibir líneas de continuidad y de ruptura; establecer comienzos, finales y recomienzos; delimitar olvidos y persistencias. Y, además, un núcleo fundamental de autores en torno a los cuales establecer una organización de la historia literaria latinoamericana. En un apartado denominado “Tabla de valores”, incluido en “Caminos de nuestra historia literaria”, agrega el dominicano: “La historia literaria de la América española debe escribirse alrededor de unos cuantos nombres centrales: Bello, Sarmiento, Montalvo, Martí, Darío, Rodó” (1989: 47).

La conclusividad, la completitud –un tipo de conclusividad y completitud, fundado en la búsqueda de un proceso y no en la multiplicidad– se podrán lograr con otros modelos de historia literaria, que forman parte de un horizonte historiográfico diferente.

Alejado de la literatura española, apartado de las concepciones positivistas, la búsqueda de Henríquez Ureña tendrá, no obstante, un propósito claro: establecer líneas de continuidad que, alejadas de la proliferación, permitan trazar –como hipótesis, como postulado– las líneas centrales de la historia literaria latinoamericana: es lo que propuso en los *Seis ensayos* y lo que, finalmente concretó –hacia el final de su vida– en las *Corrientes literarias en la América Hispánica*.

### Referencias bibliográficas

- Calvo, F. (2011). “Menéndez Pelayo y la *Historia de la Literatura*. ¿Proyectos inconclusos o cánones abiertos?”, *Historiografías literarias decimonónicas. La modernidad y sus cánones*. Buenos Aires, Eudeba, pp. 55-72.
- Catelli, N., y Gargatagli, M. (1998). *El tabaco que fumaba Plinio. Escenas de la traducción en España y América: relatos, leyes y reflexiones sobre los otros*. Barcelona, Ediciones del Serbal.
- Henríquez Ureña, P. (1928). *Seis ensayos en busca de nuestra expresión*. Buenos Aires, Babel.
- (1949). *Las corrientes literarias en la América hispánica*. México, Fondo de Cultura Económica, 1985.
- (1989). *La utopía de América*. Prólogo de Rafael Gutiérrez Girardot. Caracas, Biblioteca Ayacucho.
- (2001). *Obra crítica*. Edición de Emma Susana Speratti Piñero. Prólogo de Jorge Luis Borges. México, Fondo de Cultura Económica.
- Menéndez Pelayo, M. (1893-1895). *Antología de poetas hispano-americanos*. Madrid, Estudio Tipográfico “Sucesores de Rivadeneyra”.
- Olguin, M. (1957). “Menéndez Pelayo y la literatura hispanoamericana”. *Revista Iberoamericana*, Vol. XXII, N° 43, enero-junio, pp. 27-39.
- Rama, C. (1982). *Historia de las relaciones culturales entre España y América Latina. Siglo XIX*. México, Fondo de Cultura Económica.
- Saba, M. (2014). “De historia y literatura: Menéndez y Pelayo, Unamuno y sus precursores”. *Iberoamericana. América Latina, España, Portugal*, Año XIV, septiembre, N° 55, pp. 29-48.

Sánchez Reyes, E. (1955). *Menéndez Pelayo y la hispanidad. Epistolario*. Santander, Junta Central del Centenario de Menéndez Pelayo.